

Pensando lo ya pensado

LUIS CHIOZZA

Pensando lo ya pensado

Sobre la materia prima
de la producción
psicoanalítica



libros del
Zorzal

Chiozza, Luis Antonio

Pensando lo ya pensado: sobre la materia prima de la producción psicoanalítica / Luis Antonio Chiozza. - 1.ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2024.

96 pp. ; 20 x 13 cm.

ISBN 978-987-599-943-5

1. Psicoanálisis. I. Título.

CDD 150.195

Diseño de tapa: Silvana Chiozza.

© 2024. Libros del Zorzal

Buenos Aires, Argentina

<www.delzorzal.com>

ISBN 978-987-599-943-5

Comentarios y sugerencias: info@delzorzal.com.ar

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la editorial o de los titulares de los derechos.

Impreso en Argentina / *Printed in Argentina*

Hecho el depósito que marca la ley 11723

Acerca de la tapa

Oscar Wilde, en un cuento precioso, “El ruiseñor y la rosa”, relata cómo el pequeño pájaro, conmovido, contempla las vicisitudes de un amante enamorado que desea obtener el amor de la joven que representa su ideal soñado y, para lograr que baile con él, quiere regalarle una rosa roja, que le transmita la intensidad de lo que siente. El joven sufre porque todas las rosas que encuentra en su jardín son blancas, y el ruiseñor, pensando que el amor es más importante que la vida, acude al rosal para poder ayudarlo.

El rosal sólo podrá complacerlo cuando el ruiseñor permita que las espinas vegetales extraigan de su corazón la sangre necesaria para teñir los pétalos de las rosas blancas. La cruel operación de transfusión se completa, y al lado de una espléndida rosa roja yace el pequeño cuerpo sin vida, con su corazón vacío. La encina, que el ruiseñor habita mientras la deleita con su canto, expresa su tristeza frente al destino de la avecilla melodiosa que sucumbió, enternecida por el nacimiento de una pasión humana.

La mujer amada rechazará fríamente esa flor que no combina con el color del vestido que piensa adornar con las joyas que le regalará su príncipe. El joven que recibió la ofrenda del ruiseñor, sublimada por la muerte, se refugiará en una filosofía simplificada y espuria, cuya razón se pierde razonando, y arrojará la

rosa hacia el lugar en donde terminará aplastada por las ruedas de un carro.

Dicen que la cultura es lo que queda cuando olvidamos lo que intelectualmente aprendimos. Análogamente, podríamos decir que el cariño es lo que queda cuando la pasión no alcanza a destruir el amor.

El cultivo de las rosas es antiquísimo. Las rojas son símbolos de la pasión, las rosadas aluden al cariño, las amarillas representan la amistad y las blancas, la pureza. Sin embargo, para denominarlas, en los idiomas de origen latino se utiliza el color rosa, que se extiende al nombre que las designa en la taxonomía botánica. Elegimos el rosado para la tapa de este libro, que fue escrito desde el amor fraterno.

Índice

Prólogo y epílogo.....	15
Primera parte	21
Capítulo 1. Desde la medicina.....	23
Capítulo 2. Desde el psicoanálisis	31
Capítulo 3. Desde la física	43
Capítulo 4. Desde la literatura	51
Capítulo 5. Desde nuestra convivencia.....	63
Segunda parte	73
Capítulo 6. Los personajes que habitan a las personas	75

LUIS CHIOZZA

Capítulo 7. Los tres protagonistas en la obra de Freud.....	83
Capítulo 8. Que viva quede en la muerte....	87
Capítulo 9. Y sin embargo.....	91

No elegimos nacer y, la inmensa mayoría de las veces, tampoco elegimos cómo y cuándo morir. Sentimos, sin embargo, aunque digamos lo contrario, que elegimos, en cada instante, lo que hacemos. Y lo que hacemos constituye la forma en que vivimos y morimos.

Parafraseando lo que canta Sinatra (en “A mi manera”), aunque ignoremos si la caída del telón final está cerca, podemos, como quería Machado, “volver la vista atrás”, para mirar “la senda que nunca se ha de volver a pisar”. Si somos capaces de hacerlo sin demasiados obstáculos, tal vez alcancemos a divisar *el por qué y el para qué del psicoanálisis*.

Las personas somos frágiles castillos de arena. Los personajes, en cambio, sólo dentro de los cuales vivimos, inmortales castillos soñados.

Prólogo y epílogo

Pensando lo ya pensado es un título inspirado (tal vez debería decir copiado) de *Seconds Thoughts* (denominado en su traducción al castellano *Volviendo a pensar*), del insigne psicoanalista inglés Wilfred Bion.

Las circunstancias de la concepción del texto que ahora escribo contienen una intriga.

Durante muchos años, tuve en mi biblioteca, sin abrirlo, un libro, *Peces luminosos*, de Lynn Margulis, la brillante geobióloga que siempre despertó mi admiración y que fue el *alma mater* de numerosos escritos magníficos

realizados en colaboración con otros autores (como *Qué es la vida*, *Microcosmos* y *Chimeras and Consciousness. Evolution of the Sensory Self*). Estábamos a punto de encontrarnos personalmente en Italia para hablar de *Chimeras and Consciousness* cuando murió con un accidente cerebrovascular.

Durante muchos años, postergué la lectura de *Peces luminosos* creyendo, erróneamente, que allí describiría las características de esos ictiorganismos que habitan en las oscuras e hiperbáricas profundidades oceánicas. Muy lejos, entonces, de mi interés actual. Lo compré porque quizás, más adelante... Recién hace muy pocos días, buscando qué leer, descubrí, con sorpresa, que el título, *Peces luminosos*, era un símbolo que remitía hacia bien definidos personajes. En su libro, Margulis utiliza esos peces, que acumulan en su rostro

microorganismos luminosos que se “encienden” fugazmente, para aludir a los científicos que iluminan, de pronto, los caminos de la ciencia.

Su libro parte de la vida y obra de Julius Robert Oppenheimer, el “padre” de las bombas atómicas detonadas en Hiroshima y Nagasaki, y de la decisión de utilizarlas. Nos presenta los valores y las debilidades de Oppenheimer, sus encuentros con él y con su vida familiar, sus dilemas morales, las razones que esgrime y los argumentos que Margulis considera racionalizaciones. Su juicio crítico es humano y se aleja de afirmaciones ingenuas. Conmueve la capacidad con que ella nos presenta, en él, un ser humano excepcional, en toda la complejidad de su contexto.

Pero Margulis no se detiene allí y, en el resto de su libro, con una insospechada capacidad

literaria, nos presenta en forma novelada la vida de otros seres, “inventados”, pero sin duda inspirados en personas, en peces luminosos que conoce y no nombra. Y nos permite entrar en sus apasionadas vidas, públicas y privadas, científicas y amorosas, impregnadas con los dramas que surgen en el interjuego de las fuerzas en pugna: la curiosidad, la responsabilidad, la vocación, la ambición, el aburrimiento y la desesperación, el deterioro, la ruindad y la ruina, el egoísmo, la envidia, la culpa, la rivalidad y los celos, lo angelical y demoníaco de la ternura y la perversión.

¿Es eso la materia prima de la producción psicoanalítica? Sí, es eso. Pero es también algo más. Es el encuentro tumultuoso entre lo que llamo mi cuerpo y lo que llamo mi alma. Es el guion que separa las dos formas en que vivo mi vida. Pero es también la manera en que, en mi

vida, sucede que ese cuerpo que siempre pensé que era mío se convierte, de pronto, en una cárcel que me impide vivir.

En las páginas que siguen, antes de llegar, por fin, a un puerto más confortable, exploraremos, en esa materia prima, las vicisitudes del accidentado camino que surge cuando se insiste en conocer, desde una u otra de las dos orillas, un estafalario guion que, carente de una tercera sustancia, siempre permanecerá vertical, como un puente abierto que no se puede cruzar.

Primera parte

Capítulo 1

Desde la medicina

Lo que constituye la materia prima que utiliza la producción psicoanalítica comenzó cuando Josef Breuer y Sigmund Freud, estimulados por el interés de Jean-Martin Charcot en los fenómenos histéricos, descubrieron la existencia de una *talking cure*, una cura que se realiza hablando. Su interés en el estudio de la histeria se desplazó, entonces, desde el terreno de la neurología hacia una psicología que, muy pronto, condujo a la sustitución

de la hipnosis por la asociación libre y a la afirmación de que los síntomas constituían un retorno, enmascarado, de fantasías reprimidas. Todo induce a suponer que pensaron, entonces, que el motivo de la represión surgía del temor, confusamente asumido, de que el recuerdo de la situación penosa original produjera de nuevo la repetición del trauma.

Para comprender cuál es la materia prima que el psicoanálisis procesa, lo que importa subrayar ahora es que en el meollo de los estudios de Breuer y Freud sobre la histeria tropezaron, desde el primer momento, con el “problema” de la relación entre el cuerpo y la mente.

Reparemos en lo que Freud señala en el historial de Dora: “Habrá de extrañar especialmente mi resuelta actitud en la cuestión de lo inconsciente, actitud que me lleva a operar con los impulsos, ideas y representaciones

inconscientes, cual si fueran objeto tan indudable de la psicología como todo lo consciente. Tal reproche transfiere injustificadamente a la teoría un carácter de la técnica. Sólo la técnica terapéutica es puramente psicológica”

El filósofo estadounidense Erik Banks afirma muchos años después: “Entonces, a pesar de cuan misteriosa pueda ser para nosotros la relación entre el alma y el cuerpo, debemos recordar que, para la naturaleza, es un problema resuelto”. La réplica de su entorno no se hizo esperar: “Eso lo sabemos, pero necesitamos comprender cómo lo hace”.

Tal como sostiene Weizsaecker, nuestro cuerpo funciona “habitado” por un sujeto que coincide con lo que Arthur Koestler denominaba “el fantasma en la máquina”.

Descartes dividía lo existente en una *res extensa*, física y material, y una *res cogitans*,

psíquica y mental. A pesar de que las consideraba diferentes, tuvo que aplicar a la *res cogitans* los conceptos y métodos usados para explorar la *res extensa*.

En la mayor parte de su obra, Freud apoyó su teoría psicoanalítica en el dualismo cartesiano. Por eso la metapsicología freudiana es metafísica. Imaginó un aparato psíquico y, aunque sostuvo que era “virtual”, lo imaginó mediante una tópica, una dinámica y una economía. Es decir que ocupaba un espacio en el cual operaban fuerzas, relacionadas entre sí, que se sumaban, multiplicaban, restaban o dividían. Freud concebía el psicoanálisis como una *ciencia natural*, pero en esa, su primera concepción, la naturaleza, separada de la cultura, quedaba reducida a una naturaleza física y material.

Su metapsicología fue metafísica en una época en la cual la física, transformada por

Einstein y por Planck en relativista y cuántica, inauguraba nuevos horizontes. Sin embargo, siempre afirmó que su metapsicología no constituye la base del edificio, sino su coronamiento, o sus andamios, y que podía ser sustituida sin daño alguno para el psicoanálisis.

A pesar de la confusión que continuamente se desparrama sobre el tema, no sólo la más profunda y significativa modificación ocurrida en el pensamiento freudiano sino también la resolución definitiva del famoso guion de la relación psique-soma, tristemente célebre, se encuentra en la segunda hipótesis fundamental del psicoanálisis, asumida por Freud pocos días antes de morir, que dio origen a una *psicosomatología singular*. La conclusión, expresada en forma esquemática, se resume en cuatro puntos:

1. Rechazo enfático del dualismo cartesiano.

2. Lo que registramos como cuerpo es lo psíquico genuino.

3. Lo psíquico genuino es inconsciente.

4. Hay que buscar alguna otra apreciación para los procesos conscientes.

En los dos tercios de la obra de Viktor von Weizsaecker traducidos al castellano, jamás menciona la existencia de las dos hipótesis que fundamentan el psicoanálisis. Es posible, por eso, llegar a la conclusión de que Weizsaecker ignoraba su existencia, pero que supo captar, en la obra de Freud, el espíritu que anima esas hipótesis, dado lo que el insigne médico alemán expresa con claridad ejemplar:

De hecho, se había superado con ello el paralelismo contenido en las series de los fenómenos psíquicos y

somáticos, en la medida en que retornaba una identidad que subyacía tras las paralelas, dado que el conflicto anímico no es otra cosa que la enfermedad del cuerpo como tal. Se puede observar cómo esta conceptualización de la identidad obtiene aquí de antemano la victoria sobre la causalidad recíproca, dado que solamente el modo de contemplación separa a dos series que en su esencia se basan en una identidad.

Capítulo 2

Desde el psicoanálisis

Sorprende que la inmensa mayoría de los psicoanalistas ignoren la existencia de esas dos hipótesis fundamentales que, en palabras escritas por el mismo Freud, “son de una significatividad enorme”.

En 1938, ya en el final de su vida, en dos trabajos (“Esquema de psicoanálisis” y “Algunas lecciones elementales sobre psicoanálisis”) publicados en 1940, después de su muerte, que ocurrió en 1939, Freud establece por fin

lo que considera las dos hipótesis fundamentales del psicoanálisis. Según lo consigna James Strachey, el insigne curador de la obra de Freud: “Tal vez en ningún otro sitio alcanza su estilo un nivel más alto de compendiosidad y claridad. Por su tono expositivo, la obra nos transmite una sensación de libertad, que es quizás lo que cabía esperar de un maestro como él, al presentar por última vez las ideas de las que fue creador”.

La *primera hipótesis*, que atañe a la localización (señala Freud), conserva todavía los restos de su fijación intelectual fiscalista, atemperada por la idea de un aparato extenso con imágenes “virtuales semejantes” a las que se generan mediante un telescopio o un microscopio. Permite concebir una doble inscripción de los sucesos en dos “espacios”: uno en donde reside una representación y otro para su representante.

La *segunda hipótesis* parte de una idea anterior. Los procesos fisiológicos forman series completas; los procesos psicológicos, en cambio, forman series incompletas, con eslabones faltantes, porque no todos los procesos fisiológicos arrojan signos de su existencia al aparato mental. El proceso de digestión-asimilación del alimento, por ejemplo, que comienza con la ingestión oral y finaliza con la excreción de orina, físicamente completo, sólo se registra de manera consciente en la primera y última parte del proceso.

Freud señala:

La equiparación de lo anímico con lo consciente producía la insatisfactoria consecuencia de *desgarrar los procesos psíquicos del nexo del acontecer universal* y así contraponerlos como algo

ajeno a todo lo otro. Pero esto no era aceptable, pues no se podía ignorar por largo tiempo que los fenómenos psíquicos dependen en alto grado de influjos corporales y a su vez ejercen los más intensos efectos sobre procesos somáticos. Si el pensar humano ha entrado alguna vez en un callejón sin salida es este. Para hallar una salida los filósofos debieron por lo menos adoptar el supuesto de que existían procesos orgánicos paralelos a los psíquicos conscientes, ordenados con respecto a ellos de una manera difícil de explicar que, según se suponía, mediaban la acción recíproca entre “cuerpo y alma” y reinsertaban los psíquicos dentro de la ensambladura de la vida. Pero esta solución seguía siendo insatisfactoria.

Subraya, además, que a tales proceso físicos o somáticos, concomitantes de lo psíquico, “parece necesario atribuir una perfección mayor que a las series psíquicas, porque algunos de ellos tienen procesos conscientes paralelos y otros no”.

A partir de este punto, *Freud suelta sus amarras cartesianas y emprende un decidido vuelo enunciando la segunda de las dos hipótesis que considera fundamentales. Dado el énfasis con el cual la formula, precisamente esa, la segunda, constituye sin duda su tesis principal.*

Dice entonces: “El psicoanálisis se sustrajo de estas dificultades contradiciendo con energía la igualación de lo psíquico con lo consciente. *No; la condición de consciente no puede ser la esencia de lo psíquico, sólo es una cualidad suya y, por añadidura, una cualidad*

inconstante, más a menudo ausente que presente. *Lo psíquico en sí, cualquiera que sea su naturaleza, es inconsciente, probablemente del mismo modo que todos los otros procesos de la naturaleza de los cuales hemos tomado noticia*".

También señala: "Justamente con ayuda de las lagunas en el interior de lo psíquico, en la medida en que completamos lo faltante a través de unas inferencias evidentes y lo traducimos al material consciente [...] sobre el carácter forzoso de estas inferencias reposa la certeza relativa de nuestra ciencia psíquica".

Agreguemos por fin lo que en otro fragmento expresa:

Esto sugiere de una manera natural poner el acento en psicología sobre estos procesos somáticos, reconocer en ellos lo psíquico genuino y buscar una

apreciación diversa para los procesos conscientes. Ahora bien, la mayoría de los filósofos y muchos otros aún se revuelven contra esto y declaran que algo psíquico inconsciente sería un contrasentido. Sin embargo, tal es la argumentación que el psicoanálisis se ve obligado a adoptar, y este es su segundo supuesto fundamental, declara que esos procesos concomitantes, presuntamente somáticos, son lo psico genuino y para hacerlo prescinde, desde el comienzo, de la cualidad de la conciencia.

Reiteremos, entonces, que en 1938 Freud establece cuatro premisas, acerca de las cuales afirma, además, que “son de una significatividad enorme”:

1. Rechaza enfáticamente el dualismo cartesiano.

2. Lo que registramos como cuerpo, el supuesto concomitante somático, es lo psíquico inconsciente.

3. Hay que reconocer, en lo psíquico inconsciente, lo verdaderamente psíquico, lo psíquico genuino.

4. Hay que buscar alguna otra apreciación para los procesos conscientes.

El germen de la idea ya estaba contenido (como “conversión simbolizante”) en la publicación del caso de la señorita Elizabeth von R., publicado en 1895, en donde se encuentra el siguiente fragmento, que fue escrito en una época en la cual también sostenía otras ideas (como la complacencia somática o la

conversión mnemónica), que posteriormente abandonó. Decía: “Llego incluso a creer que es equivocado afirmar que la histeria crea por simbolización tales sensaciones, pues quizá no tome como modelo los usos del lenguaje, sino que extraiga con él sus materiales de una misma fuente”.

Es conmovedor constatar que un hombre como Freud, con una trayectoria plena de realizaciones culturales geniales y fructíferas que trascienden el ámbito de su profesión, haya soltado sus amarras en el último año de su vida para emprender, asumiendo las consecuencias de la segunda hipótesis, un vuelo visionario hacia el portal de un territorio ignoto.

El psicoanálisis coincide de este modo con una psicopatología singular.

La novedad de la segunda hipótesis consiste en sostener que el cuerpo y el alma son lo

mismo. William Blake, el insigne poeta inglés que murió treinta años antes de que naciera Freud, afirmó que llamamos cuerpo a la parte del alma que se percibe con los cinco sentidos. Podemos completar su pensamiento diciendo que llamamos alma a la vida que anima el cuerpo de los seres que viven. Recordemos lo que señalaba Weizsaecker en *Naturaleza y espíritu*: “Solamente el modo de contemplación separa dos series que, en su esencia, se basan en una identidad”.

Vale la pena mencionar lo que lúcidamente escribe Richard Gregory (en *Mind in Science*): “Se sostiene habitualmente que las explicaciones mecanicistas constituyen la explicación correcta, porque de hecho no introducen un propósito, pero la noción de propósito se encuentra esencialmente ligada con la función, y la función es esencial para una máquina”.

Por otro lado, la anatomía y la fisiología, en salud o enfermedad, nunca han podido prescindir del enfoque teleológico, que condujo al contradictorio concepto de *causa final*.

Es posible afirmar que, luego de formulada la segunda hipótesis, la metapsicología freudiana, de corte metafísico, se completa con una metahistoria. Una mirada atenta *permite comprobar que la obra de Freud está llena de una metahistoria que no llegó a formular teóricamente como tal*. Podemos señalar, entre los fundamentos de la metahistoria, *la palabra “motivo” (sinónimo de significado e intencionalidad), que denota el “factor motor” que constituye simultáneamente, en el presente atemporal, una causa que “empuja”, desde la interpretación de un ayer, y un atractivo que “succiona”, desde la concepción de un mañana.*

Capítulo 3

Desde la física

Dos grandes desarrollos de la física, la teoría de la relatividad y la teoría de los cuantos, cambiaron definitivamente la ingenua pretensión de un ser humano embarcado en la tarea de conocer “objetivamente” un mundo físico dentro del cual vivía durante un tiempo *único y universal*. Tener en cuenta esos desarrollos arroja nueva luz sobre la teoría y el arte de psicoanalizar.

Einstein no sólo cambió la idea de un espacio infinito que contenía dentro de sí todo lo existente, concibiéndolo, en cambio, como un cuerpo, finito pero ilimitado, formado por todo lo existente, y dentro del cual la masa (lo que pesa) y la energía (que transforma) son dos aspectos de una misma cosa. También consolidó con enorme precisión una concepción, ya presente en Kant y en Freud, según la cual no es que *el hombre vive en el tiempo*, sino que, por el contrario, *el tiempo vive en el hombre*.

Planck creó la teoría de los cuantos, magníficamente desarrollada, luego, por una gran cantidad de físicos geniales. Un “cuanto” es una cantidad mínima de materia o de energía, dado que ambas existen en forma de pequeños “paquetes” que no pueden dividirse.

El universo está conformado, entonces, como una estructura granular. La física cuántica se desarrolla como una teoría absurda, plagada de pensamientos que no se pueden sostener lógicamente y constituye, sin embargo, la teoría más lograda y más fructífera en toda la historia de la humanidad. No sólo ha permitido predicciones increíblemente exactas que continuamente se confirman, sino que, además, ha logrado resolver dificultades que nos impedían disponer de una multitud de instrumentos como los rayos láser o el GPS.

Por otro lado, ya obsoleta la idea del observador incontaminado, la indagación científica (tal como lo ha mostrado Heinrich Racker en sus estudios sobre las transferencias recíprocas entre un paciente y su psicoanalista) conduce a comprender que ya no

importa “la cosa en sí”, sino la relación que se establece con ella. Los físicos cuánticos no sólo sostienen hoy que un fenómeno se manifestará como partícula o como onda según cuál sea la relación que se establezca con él, sino que llegan a una afirmación más rotunda: una entidad (sea onda o partícula) existe en su relación con otra. Carece de sentido sostener que cuando eso no ocurre continúa existiendo.

Conmueve comprobar que el psicoanálisis, y no sólo él, sino también la literatura (como más adelante veremos), ha llegado a sostener algo semejante acerca de la existencia de las personas.

Lo que condujo a los investigadores cuánticos hacia sus intereses psicofísicos (y hacia lo que se denominó el principio de indeterminación) ha sido, sobre todo, la consciencia de la

modificación que la observación introduce en lo observado.

Los físicos cuánticos, desde una psicofísica explícitamente asumida, desembocan, una y otra vez, en el guion que separa el alma del cuerpo, pero rechazan el dualismo cartesiano, el idealismo solipsista y lo que denominan un materialismo ingenuo. Sus indagaciones los aproximan, en cambio, al psicoanálisis. No ha de extrañar, entonces, que la consciencia cognoscitiva haya permanecido siempre en el centro de sus intereses.

Erwin Schrödinger, que recibió el Premio Nobel por sus trabajos en mecánica cuántica, ha escrito un libro, *¿Qué es la vida?*, que ha recorrido el mundo, y otro, igualmente importante, titulado *Mente y materia*. No es el único, y de más está decir que no se trata de un interés “cultural” y apendicular agregado.

Para mostrarlo, alcanza con señalar algunas de las cosas que afirman.

Sorprende que se ocupen de subrayar que una célula es una estructura cuya complejidad puede compararse a la de una ciudad y que una proteína es un “castillo” de átomos. Y también de distinguir entre el significado unido a la información, que se mide en cantidad de *bytes*, y el significado unido a la evolución biológica, cuya significancia se mide como la importancia que adquiere en función de otros parámetros. Se trata, como es obvio, de lo que diferencia a la guía telefónica y un poema como “El cuervo”, de Poe.

Pero sus observaciones van mucho más allá. Afirman que las partículas “viven comprometidas” entre sí (*entanglement*) sin que importe la magnitud de la distancia que las separe. En lugar de sostener, como es común,

que una alucinación es una percepción falsa, prefieren afirmar, en forma rotunda, que lo que denominamos percepción externa es, en realidad, una alucinación “confirmada”. También aseveran que la percepción no viaja del ojo al cerebro, sino del cerebro al ojo, porque es el cerebro el que “espera” ver. Además, suscriben, una y otra vez, lo que señala Próspero: “Estamos hechos de la substancia de los sueños. Nuestra breve vida está circundada por los sueños”.

Capítulo 4

Desde la literatura

Reparemos ahora en lo que escribe el insigne dramaturgo Luigi Pirandello en *Seis personajes en busca de un autor*, una pieza de teatro que ha sido considerada su obra magna.

Relata que cuando un grupo de actores se preparaba para ensayar su comedia *Il giuoco delle parti* (*El juego de los papeles*), son interrumpidos por la llegada de personajes singulares.

Son seis: el padre, un cincuentón que parece liderar el grupo y le dice al director de la

obra que se está ensayando que está buscando un autor; la madre, muy afligida; la hijastra, rebelde; el hijo, soberbio; el niño, y la niña.

Sorprendido, el director oye, del padre, que vienen en busca de un cualquiera que quiera darles a ellos realidad en su obra, ya que su problema radica en que procedían de la fantasía del escritor, quien después de concebirlos en su imaginación no los pasó al papel, no los inscribió en una obra. Por eso están allí, anhelando existir y manifestar su propio destino, y como en el teatro no hay ningún autor, insisten para que el director de la compañía los vea y les ayude a darle una forma a su drama. Con dicha finalidad, le relatan sus propias historias, cada uno reviviéndola a su manera y contemplándola desde su punto de vista.

Señalemos algunos datos principales para transmitir brevemente los elementos con los

que Pirandello teje la profundidad de su relato.

El padre y la madre habían procreado en el matrimonio un hijo, pero tiempo después surgió un romance entre la madre y el secretario del padre, por lo que el esposo los dejó “libres”.

En esta segunda relación, la madre tuvo tres hijos con el secretario, pero una vez fallecido este la madre hubo de retornar a la ciudad en busca de trabajo.

Entre tanto, la hijastra, la primera habida con el secretario, obligada por la necesidad, trabajaba con Madama Pace, que era dueña de una casa de citas y de la que el padre era cliente por sus asiduas visitas.

En estas circunstancias, por esas casualidades de la vida y sorpresivamente, la madre encuentra al padre y a la hijastra antes de que compartan el lecho. Afligido, el padre decide

acoger en su casa a toda la familia. Allí el hijo mayor los trata con indiferencia, como intrusos, por lo que la madre suplica que frene su hostilidad.

Simultáneamente a estos episodios, la niña cae en la fuente del jardín y el niño se mata con un revólver en el escenario, en tanto que la hijastra huye lanzando una amarga risotada.

Recordemos las palabras con las cuales Bécquer introduce sus *Rimas*, porque, de manera mucho más escueta, alude a una experiencia similar: “Fecunda, como el lecho del amor de la miseria [...] mi musa concibe y pare en el misterioso santuario de mi cabeza [...] sus creaciones pugnan [...] disputándose los átomos de la memoria como el escaso jugo de una tierra estéril. [...] No quiero que en mis noches sin sueño volváis a pasar por delante de mis ojos [...] pidiéndome [...] que os

saque a la vida de la realidad del limbo en que vivís semejantes a fantasmas sin consistencia”.

Tal como señala Pirandello, todo fantasma, toda criatura engendrada en el mundo del arte como producto de una creación artística, para existir debe tener su drama, es decir, un drama del cual esa criatura es protagonista, y es ese drama lo que lo convierte en personaje, otorgándole la posibilidad de existir de esa manera. Afirma, con una lucidez conmovedora, que el nacimiento de una criatura de la fantasía es un paso que se da en el umbral entre la nada y la eternidad y puede suceder “de repente”, puesto que surge, como gestación, de una necesidad humana. Pero el insigne dramaturgo no se detiene allí; su pensamiento alcanza otra realización genial; sostiene que la naturaleza, en cuanto se la concibe sin atender a su sentido, carente

de espiritualidad, se reduce a una naturaleza que, desanimada, únicamente “llora”.

También afirma que el conflicto inmanente entre el movimiento vital y la forma en que se realiza es condición inexorable no sólo en el orden espiritual, sino también en el orden natural en que la vida, que se “fijó” para existir en nuestra configuración corporal, poco a poco “mata” esa forma. El dolor de esta naturaleza fijada en una forma es el irremediable y continuo envejecimiento de nuestro cuerpo. Sostiene, además, que un personaje también puede reírse de la muerte. Morirá el hombre, el escritor, el instrumento de la creación, pero su criatura no morirá jamás. Agreguemos que esto es algo que Don Quijote y Sancho Panza, o Mafalda conviviendo en su mundo, testimonian.

Tal como lo expresa uno de los personajes (el padre):

El mal, todo entero, reside en las palabras. Llevamos adentro un mundo de cosas, cada cual el suyo. En las palabras que se dicen todos ponen el sentido y el valor de las cosas tal como están en su interior, mientras que quienes las escuchan inevitablemente las asumen, con el sentido y con el valor que tienen en el mundo que cada uno lleva adentro. Creemos entendernos, y no nos entendemos nunca. Mire mi piedad... toda mi piedad por esta mujer madre fue entendida por ella como la más feroz de las crueldades. Horror, horror, cuando un hombre siente que ya no puede dar amor a una mujer... y

cuando siente eso debería prescindir... pero cada uno de nosotros está vestido con una dignidad, aunque sabe bien todo lo inconfesable que sucede en la intimidad de su ser. Un hecho como una bolsa vacía no se sostiene para que se sostenga es necesario antes colocar adentro la razón y los sentimientos que lo han determinado.

Mientras habla, su hijastra lo acusa diciendo: “Para el que cae en la culpa, el responsable de todas las culpas siguientes ¿no es siempre el primero que determinó la caída?”.

Reparemos en que uno cualquiera de los seis personajes es un ser diferente, contemplado por cada uno de los otros cinco que dicen haber convivido con él una misma historia. Allí el dramaturgo introduce una idea que

más adelante desarrollará en un libro magnífico, *Uno, ninguno y cien mil*. Cada uno de nosotros cree ser uno, pero no es verdad. Uno es muchos, según todas las posibilidades de ser que están en nosotros. Uno con este; otro, completamente diferente, con aquel. Con la ilusión, mientras tanto, de que somos siempre “uno para todos”, y siempre ese uno que creemos ser en cada acto nuestro.

Un hombre, así en general, puede ser “nadie”, y todas sus expectativas actuales mostrarán su cuota de ilusión mañana. Un personaje, en cambio, tiene una vida verdaderamente suya, con un carácter propio por el cual siempre es alguien definido. Es lo que Borges aborda en su magnífico ensayo, “Borges y yo”, en donde lamenta que todo lo que él piensa, dice y escribe termina por quedar atribuido a ese Borges que todos conocen.

Cuando los personajes están realmente vivos delante de su autor, este no hace más que seguirlos en las palabras y en los gestos que ellos, justamente, le proponen. Porque fue necesario que él los quisiera como ellos se quieren. Cuando un personaje nace adquiere, en seguida, un grado de independencia de su autor, que crece junto con el grado de verosimilitud que su existencia alcanza. Puede ser imaginado, por todos, en muchas otras situaciones en las cuales el autor nunca pensó colocarlo, y con un significado que el autor nunca soñó darle.

En una obra de teatro no actúan los personajes, actúan los actores. Los personajes viven encerrados en el guion. En el teatro aparecerá una particular interpretación del personaje que dependerá de cual sea el actor que lo ponga en la escena. Agreguemos que

es fácil imaginar cómo podría sentirse Pasterur si se contemplara representado en el teatro por un excelente actor, como Paul Muni.

¿Por qué nos hemos detenido en lo que desarrolla magistralmente Pirandello? Creo que lo que surge de su obra, que ha merecido el Premio Nobel, arroja una luz indispensable para comprender, cada vez mejor, los escollos con los cuales tropezamos en nuestra cotidiana tarea de psicoanalizar.

Capítulo 5

Desde nuestra convivencia

El alma, esa forma de la existencia nuestra que hoy, vestida con el ropaje que le otorga la ciencia, denominamos psiquis, encuentra sus raíces en el movimiento que anima un organismo y se dirige hacia un algo particular que *le hace falta*. Llamamos animales a los seres groseramente animados por un movimiento que surge de su propia iniciativa. Groseramente, porque los vegetales también se mueven motivados por una intención.

Hemos aprendido que, si bien cada cual se mueve a su manera, es posible identificar tres principales en las que todos coincidimos, aunque nos suceden mezcladas en distintas proporciones.

Configuran lo que llamamos presente, pasado y futuro, y las conocemos con distintos nombres que aluden a matices parecidos. *Querer, poder y deber; oír, hablar y ver; sentir, hacer y pensar*, suelen ser algunas de sus formas.

El corazón, el hígado y el cerebro, representantes egregios del mesodermo, endodermo y ectodermo embrionarios (y, tal vez, del núcleo, el protoplasma y la membrana celulares), son los órganos que representan mejor, y con mayor frecuencia, estas tres modalidades de la vida. Nada tiene de extraño que esas tres maneras de la vida funcionen en cada ser humano tejiendo dramas que oscilan, inevitablemente,

entre las dos “carátulas” del teatro: la tragedia y la comedia.

Cabe suponer que eso sucede por lo que señalaba Freud: cuando un órgano forma una parte importante de un proceso, “se presta” para arrogarse la representación de ese proceso en su totalidad.

El conocimiento de una presencia es lo que denominamos “presentación”. Una representación es una presentación a la que se le reconoce una cierta identidad con una presentación anterior.

De más está decir que, a pesar del ingenio inimitable con el cual procede la vida, hay maneras y maneras, y que no todas nuestras faltas (se trate de carencias o de trasgresiones) construyen un “libreto” biográfico dotado de una misma dignidad. En primera instancia sentimos que está bien lo que nos hace bien, y mal

lo que nos hace mal. Pero el desarrollo y la evolución de este principio, que ha dado lugar a las mores o costumbres que trazan los parámetros de la moral, condujo a la vida civil en las ciudades, y a lo que denominamos civilización.

La primera y más evidente de las faltas, aquella sobre la que puede decirse que, como se ha dicho de la necesidad, no cabe duda de que “tiene cara de hereje”, es el imprescindible requisito de satisfacer los apetitos (que giran en torno de comer, copular y descansar). Pero además, como sostiene Weizsaecker, nuestro cuerpo funciona “habitado” por un sujeto. Arthur Koestler lo denominaba “el fantasma en la máquina”.

Weizsaecker nos recuerda:

Aprendimos que el cuerpo humano se compone de tejidos y que los

tejidos se componen de sustancias químicas. Aprendimos que todo esto se modifica en las enfermedades de acuerdo a la forma y a la composición. Ahora podemos emitir un juicio: esto está enfermo. Pero el enfermo puede decir “yo estoy enfermo”. ¿Es que una célula puede decir yo? ¿Es que una molécula, un átomo, un electrón pueden decir yo? ¿Quién es aquel que dice yo? Sólo nos enseñaron cuestiones acerca de cosas que son algo. No aprendimos nada de cosas que son alguien. Pero la consulta comienza con alguien que dice: “Estoy enfermo”.

Tal como señalaba Freud, el médico no podrá jamás dejar de considerar lo que ocurre en

el alma de su enfermo, porque la otra parte involucrada en el proceso terapéutico, es decir, el paciente, no tiene la menor intención de permitirlo.

A pesar de los trabajos de Mae-Wan Ho, que sostiene que la consciencia de sí mismo es una condición de la vida que impregna todo el cuerpo y no deriva de las funciones cerebrales; a pesar de que biólogos y etólogos como Portmann, Margulis o Lorenz, y una gran cantidad de biosemióticos, como Hoffmeyer y Markos, consideran que la existencia de una consciencia de sí mismo (de eso que en la lengua inglesa se denomina *self*) es inseparable de la existencia de la vida, son muchos los biólogos y “neurocientíficos” que lo niegan todavía.

Hay quienes se conforman con sostener que satisfacemos nuestras necesidades para

poder vivir y que vivimos para satisfacer nuestras necesidades. Lo cual es tan absurdo como suponer que una serpiente que devora su propia cola terminará por desaparecer. ¿Nos conformamos con eso? ¿No hemos aprendido algo de Aristóteles, de Newton o de Einstein? ¿Qué pensamos de los desarrollos que, desde nuestros ancestros, la evolución nos ha dejado en cuerpo y alma?

Eso otro, importantísimo, que opera desde la trastienda, que tiende a ser negado, y que nos hace tanta falta, tiene un nombre: *trascendencia*. Trascender alude, por su origen, a lo que sobrepasa, que excede, que está o va más allá. Trascendente es lo contrario de inmanente. Inmanente se refiere a la cualidad de inherente, inseparable. Deriva de permanecer, de ir hacia adentro; *manere* es permanecer, quedarse. Parece aludir a lo que emana, fluye o brota de

manera inevitable. Inmanente es esa conciencia de sí mismo que muchos consideran inseparable de la vida.

Acerca de la trascendencia, reparemos en lo que relata Weizsaecker:

Conversando con uno de los más famosos fisiólogos, desembocamos en la pregunta por el sentido de la vida. Él opinaba que el sentido de la vida era [...] la conservación de la vida. Yo [...] que el sentido de la vida es la ofrenda de la vida. [...] en aquel entonces yo no sabía qué difícil era comprenderlo y cuánto más difícil era actuar acorde con ello. [...] Dado que [...] no es posible establecer una diferencia sustancial entre lo vivo y lo no vivo, y que no tiene sentido plantear científicamente la

cuestión acerca de la frontera entre vida y muerte, también comprendemos [...] que la vida consista en realidad en un constante morir, en un ofrendar, en una transformación hacia nueva vida. Esta evidencia no le ofrece resistencia a la ciencia, [...] se presta para obligarnos a tomar en serio este asunto. No existiría por lo tanto un concepto de vida, este coincidiría con el de naturaleza. [...] Se [comprende] que, ya que existe tanto odio, el sentido de la vida se lo atribuyamos al amor, [...] un amor porfiado [...] porque [...] en realidad es un desafío [...] un regalo, una pasión, también una esperanza. No es posible definir directamente el sentido de la vida, pero se lo puede experimentar y padecer con total claridad.

LUIS CHIOZZA

Santa Teresa de Jesús alude a la trascendencia cuando afirma: “Vivir se debe la vida, de tal suerte, que viva quede en la muerte”.

Segunda parte

Capítulo 6

Los personajes que habitan a las personas

Lo que escriben Pirandello y Bécquer lo encontramos en Edipo, Prometeo y Narciso, los héroes de Sófocles, Esquilo y Ovidio. Ellos también son personajes que representan las tres maneras de la vida. Impregnados por ellos nos dirigimos hacia lo que nos hace falta.

Nos conmueve especialmente el destino trágico de esos tres héroes fracasados y enfermos. Ellos también podrían ser *tres personajes*

en busca de un autor, pidiendo comprensión y clemencia.

Podríamos decir que Edipo proclama su historia, junto con Pólipo, Merope, Layo, Yocasta, Antígona, Tiresias, Creonte, el coro y el oráculo. Algo similar podría decirse de Prometeo o de Narciso, y que nuestra tarea consiste en comparar sus historias. Sin embargo, lo que más luz arroja es contemplarlos “conviviendo y reclamando” *en cada paciente*.

Ellos también podrían pedir, como las “creaciones” de Bécquer, un “autor” que los saque del limbo en que habitan como “fantasmas sin consistencia”. Pero ¿cuál es la consistencia que reclaman?

Algo sabemos acerca de cuáles son los asuntos de los que quieren salvarse.

Edipo mata negando, como es típico de la manía, lo que en el fondo sabe, que Layo es

su padre. Y con su madre, Yocasta, procrea, en el incesto, a su hija Antígona. A pesar de Tiresias, atravesará la paranoia de la indagación al oráculo y llegará por fin al ostracismo y la muerte, unido melancólicamente con su hija Antígona.

Prometeo desafía a los dioses, los engaña y los desprecia riendo. Mientras niega maníacamente su envidia y lo que sucederá, cohabita con su hija Pandora y a través de su otro yo, Epimeteo, se entrega con torpeza al placer de los sueños ociosos. Luego rechaza, con desconfianza, en forma paranoica, los consejos y la amistad de Océano, para finalizar vencido y sorbiendo, lleno de melancolía, sus lágrimas y su propia hiel.

Narciso, de manera maníaca (y muy lejos, muriéndose de hambre y de sed, de lo que Freud describe en su metapsicología como narcisismo),

niega su profunda carencia afectiva, mientras rechaza el amor de todos aquellos que, como la ninfa Eco, se enamoraban de él. Niega que le hace falta el amor de alguien y se enajena imaginando que podrá amarse en el espejo, ejerciendo el amor que anhela recibir, como si él fuera aquel otro, el *único* que puede otorgárselo. Así, en un espejismo de su propia voz, no sólo pierde a la ninfa Eco, sino que además, contemplándose en el espejo como si el que contempla fuera otro, en ese *espejismo*, se enajena y se pierde a sí mismo. Luego de la paranoia implícita en el continuo rechazo del amor que le expresan, el fracaso de sus anhelos se manifiesta en una forma melancólica, cargada de premoniciones funestas, que lo conduce al suicidio.

No importa si aceptamos o no que Sófocles, Esquilo y Ovidio fueron los seres humanos que los engendraron. Importa mucho, en

cambio, comprender que son personajes que, como tales, en realidad *¡existen!*, y que, en esa, su manera de ser, *influyen*, inexorablemente, en nuestra forma de vivir la vida. No podemos negar su realidad, pero podemos discutir su sempiterno destino.

A veces los vemos como víctimas que sufren la injusticia de un inmerecido castigo, pero no es este el principal asunto que nos importa encarar. Importa, en cambio, comprender que, atrapados, los tres, en el único propósito de aliviar su sufrimiento, sólo les quedan esas, sus maneras patéticas que, centradas en la contemplación de su propia existencia, los conducen a que en ellos naufraguen *los fines que otorgan a una vida la capacidad de influir de un modo vital sobre su propio entorno*.

Es necesario volver a la pregunta: ¿por qué? ¿Por qué, cuando contemplamos a Edipo,

Prometeo y Narciso, omitimos semejante fracaso? ¿Por qué nunca los vemos como protagonistas distintos de un mismo y funesto destino, de un desenlace aciago que es menester evitar?

Si nuestra relación con ellos cambiara, Edipo, a pesar del resultado trágico de su curiosidad, podría invitarnos a contemplar la realidad y a respetar sus parámetros. Prometeo, a pesar del tormento a que lo somete la magnitud de su inclinación “industriosa”, podría transmitirnos las ventajas de la parcialidad que conduce hacia “un paso por vez”. Y Narciso, a pesar de su desdeñosa actitud hacia quienes constituyen su entorno afectivo, podría subrayarnos que su carencia de amabilidad proviene de su represión de la ternura que vive insatisfecha en su interior.

Son tres perspectivas que podrían conducirnos a creer que remiten a tres cosas que son

irreductiblemente diferentes. Sin embargo, lo que cada uno de los tres protagonistas ha vivido puede ser contemplado como tres aspectos de una misma cosa. Porque surgen de un único suceso que, una vez comprendido, se puede expresar en una sola frase: *el contacto, grande o pequeño, de cada convivencia deja algo que, cuando trasciende y perdura, puede o no puede obtener, por fin, la sabiduría que proviene de procesar adecuadamente la experiencia vivida.*

Mientras tanto, cada uno *vive* ejecutando, sin querer, sin poder o asumiendo que no debe evitarlo, los libretos de esos tres personajes que, sin duda, *existen y ejercen su influencia viviendo* como parciales derivados conscientes de nuestro *ubicuo* presente atemporal inconsciente.

Capítulo 7

Los tres protagonistas en la obra de Freud

Desde los inicios del psicoanálisis, y en el proceso de psicoanalizar sus propios sueños, Freud encontró en la leyenda de Edipo el respaldo que necesitaba para sostener su descubrimiento de la sexualidad infantil y las tendencias incestuosas.

El centro de su interés en la leyenda *fue ese*, y no parece muy aventurado suponer que eso influyó determinando la torpeza con la cual

escribe “El sepultamiento del complejo de Edipo”. De Prometeo se ocupó mucho menos, y únicamente en “Sobre la conquista de fuego”. De Narciso, en cambio, solamente utilizó el nombre para designar una dinámica metapsicológica que se relaciona muy poco con el mito de Narciso.

Conviene recordar que Freud y su discípula Melanie Klein, por ejemplo, consideraban que la envidia, la culpa, la rivalidad y los celos operaban como inevitables consecuencias de innatas disposiciones constitucionales.

En “El sepultamiento del complejo de Edipo”, Freud sostiene: “Sucumbe a la represión [...] a raíz de las dolorosas desilusiones recibidas. [...] Se iría ‘a pique’ [al fundamento inconsciente] como resultado de su imposibilidad interna. [...] Y desaparece por obra de la evolución madurativa, como los dientes de leche”.

Pero también afirma que “la amenaza de castración, que acompaña a la formación del superyó, es lo que envía al fundamento las investiduras edípicas. [...] Si el yo no ha logrado mucho más que una represión —aclara—, el complejo subsistirá inconsciente en el ello, y más tarde exteriorizará su efecto patógeno”.

Por fin señala que “si bien no ve razón alguna para denegar el nombre de represión al proceso, más que una represión equivale, cuando se consuma idealmente, a una destrucción y cancelación del complejo”.

Se trata, como es obvio, de explicaciones que se contradicen entre sí.

Freud, cuyo verdadero descubrimiento no consistió en lo inconsciente (san Agustín ya decía “lo sabes, pero ignoras que lo sabes”), sino en el retorno de lo reprimido, se ocupó de

aquellos retornos que constituyen síntomas y enfermedades.

Sin embargo, no tuvo en cuenta que, en primer lugar, la envidia y la culpa, y luego la rivalidad y los celos, configuran esos “cuatro gigantes del alma” que, lejos de ser disposiciones heredadas y constitucionales, conforman un retorno derivado de un complejo de Edipo que, reprimido, continúa actuando, vivo y virulento, desde lo inconsciente.

Capítulo 8

Que viva quede en la muerte

Simenon afirma, sabiamente, que un ser humano no muere “en realidad” mientras alguna de las personas que lo ha conocido vivo continúe viviendo.

Recordemos a santa Teresa. ¿Hay una forma de vivir que viva quede en la muerte? Es seguro que sí, pero, a diferencia de lo que ella expresa, *no sólo depende de quien muere, también depende de quienes se han relacionado con la persona cuyo corazón ha dejado de latir.*

La magnitud de lo que entonces sucede en nuestra relación con ella sólo se comprende cabalmente después de entrar en contacto con lo que Pirandello descubre en su libro *Uno, ninguno y cien mil*, y mejor aún después de haber leído *El difunto Matias Pascal*.

Pero sólo nos llega definitivamente al corazón cuando nos involucramos en la película *Kaos*, de los hermanos Taviani (cuya versión completa no tiene desperdicio), que no puedo reproducir aquí.

En ella, Pirandello viaja en tren a su Sicilia natal y, en el trascurso del viaje, se aletarga en su asiento, hasta el punto en que su boca se llena de saliva y su sombrero cae al suelo. Cuando llega, un antiguo condiscípulo de su escuela primaria es el cochero que lo conduce a su casa de la infancia.

Allí se encuentra con una imagen alucinada de su madre muerta y sostiene con ella un enternecedor “coloquio”.

Cuando oye que su madre le dice: “No... no llores Luigi”, le responde que no llora porque no puede recordarla viva, la recuerda viva muchas veces. Le dice, en cambio: “Lloro porque tú no puedes pensar en mí, yo no estoy vivo para ti. Si no puedo estar vivo para ti, ya no me piensas más. No estoy vivo para ti, y no lo estaré nunca más”.

Si recordamos lo que Pirandello sostiene en *Uno, ninguno y cien mil* (escrito como continuación de *El difunto Matias Pascal*), comprendemos. *Sin la posibilidad de ser en la madre que piensa en él, Pirandello se siente ninguno.*

Recordemos lo que Porchia afirma: “Se vive con la esperanza de llegar a ser un recuerdo”.

¿Qué clase de recuerdo seremos entonces?
Eso... ¡dependerá de quién nos recuerde!

No es muy distinto de lo que se lee en uno de los papелitos que contienen los Baci

Perugina: “Te quiero por cómo me siento y me veo cuando estoy contigo”.

Y, sin embargo, nos resistimos a creer que (coincidiendo con lo que Pirandello elocuentemente muestra, con lo que la teoría de los cuantos afirma y con lo que el psicoanálisis, bien mirado, avala), más allá de ese particular recuerdo de alguno, *aunque nuestro corazón no haya dejado de latir todavía... no existimos, somos ninguno.*

Porchia, una vez más, lo señala: “Y si eres alguien en lo que es el todo, eres alguien de lo que es el todo y en lo que es el todo, no alguien de lo que eres tú y en lo que eres tú. De lo que eres tú y en lo que eres tú, no eres nadie en lo que es el todo. No existes”.

Capítulo 9

Y sin embargo...

Porchia se refiere reiteradamente a la verdad. Veamos algunas de sus *Voces*:

“La verdad parte de lo recién nacido, de lo que no estaba”.

“Quien dice la verdad casi no dice nada”.

“La verdad, cuando es la verdad de lo pequeño, es casi toda verdad, y cuando es la verdad de lo grande es casi toda duda”.

“Una nueva verdad es el morir de una vieja verdad”.

“Y si es tan veloz el cambio de las cosas, cuando vemos las cosas no vemos las cosas, vemos el cambio de las cosas”.

“Comprendo que la mentira es un engaño y la verdad no, pero a mí me han engañado las dos”.

“La verdad, que debería ser lo eterno, siempre, es siempre lo recién nacido o lo recién muerto”.

Volver a pensar, reflexionar, es corregir lo ya pensado, aunque sea “un poco”, y es lo que haremos, volviendo sobre lo que significa ser ninguno. Vemos que Porchia acompaña a Pirandello cuando señala: “De uno solo no hay nada, ni la soledad”, o “Uno no se encuentra nunca como ‘yo’, como uno. Se encuentra como cosas, como persona, como tiempo”. Escribe: “Cuando me hiciste otro, te dejé conmigo”, y en una de sus *Voces* afirma: “De lo que eres tú y en lo que eres tú, no eres nadie en lo que es el todo. No existes”.

Sin duda conmueve comprender lo que elo-
cuentemente nos muestra Pirandello, coincidiendo con lo que afirma la física. (Lo que registramos como partícula, o como onda, sólo existe y posee cualidades en el momento de una relación). Uno es alguien únicamente en relación con otro, y solamente existe ligado con un entorno que no sólo le brinda calorías, sino que además lo impregna con un significado que le permite ser. En otras palabras, como señala Porchia: “Nadie está hecho de sí mismo”. Sin esas relaciones que dan forma a su vida, uno, no pudiendo ser uno, sólo puede ser ninguno.

La palabra “ninguno” tiene dos importantes compañeras que nos ayudan a penetrar en su sentido. Una de ellas es “vacío”, y la otra, “ausencia”. Comencemos por decir que (de la misma manera en que todo “no” se acompaña de un “sí”, otro “sí” que difiere del “sí” original que se niega) todo

LUIS CHIOZZA

vacío se llena de algo, y toda ausencia convoca otra presencia. Así como un “no dibujo” es un garabato real o imaginario, a pesar de lo que nos muestra Pirandello vivimos convencidos, “más allá” de con quién nos encontremos, de que somos alguien absolutamente incomparable.

